

Sepultando a dos hombres

Por Lucas Vitale

Era un día de semana, por la madrugada. Horario donde solo están despiertas las almas que sufren. La luna se derrama sobre los techos de las casas de Buenos Aires. Las sombras alargadas de los edificios viejos se proyectaban sobre las veredas rotas, y el aire olía a humedad, a tierra recién regada, a recuerdos mojados.

En un callejón de adoquines sueltos, un hombre de unos cuarenta y cinco años avanzaba en silencio, casi sin dejar rastro. Llevaba barba de algunos días, un abrigo gastado y la mirada cargada de algo que no era tristeza, sino una mezcla rara de resignación y vergüenza. De su mano, como un fantasma al que no puede soltar, iba un niño. Tendría siete años. Iba con la cabeza baja, los ojos oscuros llenos de preguntas, el cuerpo liviano como si lo estuvieran dejando ir desde hace tiempo.

Casi no hay luces, solo la de la luna que dibuja las sombras de los dos individuos hacia su destino.

Se detuvieron frente a una reja alta, de hierro pesado. El hombre sacó un manojo de llaves y buscó una en particular, oxidada, con una etiqueta gastada que decía simplemente “N”. Todo olía a encierro.

—Llegamos —le dice el hombre al niño.

El niño lo mira con ojos tristes, casi lagrimeando; se esfuerza por no avanzar. Pero el hombre saca un manojo de llaves y abre una reja de dos puertas, que dan hacia un pasillo casi infinito, de paredes con ladrillos a la vista, más grandes de lo normal. El hombre lo empuja hacia dentro y procede a cerrar con llave la reja. Le dice:

—Perdón, ya no podemos estar juntos.

Cerró la reja con lentitud, como si algo dentro de él también se cerrara para siempre. Se alejó, sin mirar atrás. El chico se abalanzó contra los barrotes, intentó gritar su nombre, pero no le salió voz. Solo un suspiro, un lamento mudo, como esos sueños donde uno quiere hablar y no puede.

Llovía. Como aquella vez en que su madre le dijo que debía comportarse, que no era momento de jugar, que los grandes no tienen tiempo para tonterías.

El niño pasó los primeros días cerca de la entrada. Dormía en el suelo, pegado a la reja, como si esperara que el hombre volviera, que dijera que todo había sido un error. No sucedió. Con el tiempo, empezó a explorar.

Descubrió un pasillo largo, techado, con aberturas en el techo que dejaban ver el cielo nocturno. Más allá,

puertas, habitaciones vacías, alguna fuente seca, bancos de plaza que nadie ocupaba.

Después de un largo caminar. El hombre ingresa en un bar, de esos antiguos que sobran en la ciudad, ubicado justo en una esquina. Decide tomar algo luego de esta situación. Mientras pide un café, se le vienen recuerdos a su mente de conversaciones con distintas personas.

—Me avergonzás delante de mis amigos —solía decirle su expareja.

—¿Por qué no maduras como tu hermano? Ya tiene trabajo, casa... —le repetía su madre en las reuniones familiares.

—Ya no siento lo mismo por vos, necesito replantearme las cosas. —Fue lo último que le dijo su actual pareja.

Y así siguieron surgiendo todos los comentarios negativos que pudiera recordar e inclusive, seguramente, inventó algunos más. Porque cuando la mente entra en ese vértice de negatividad, es un bucle infinito, que va devorando cualquier resto de buenos recuerdos, para dar lugar solo a la oscuridad, que va comiendo cada célula para convertirla en un cáncer terminal. Mira su reloj, ya pasaron casi dos horas y sigue con los mismos pensamientos. Comienza a agarrarse la cabeza y entrar en pánico; su corazón se acelera, tembloroso pide la cuenta, paga y se marcha.

Caminando bajo la lluvia siente frío y se repite así mismo: “Hice lo correcto”, “Hice lo correcto”, “¿Hice lo correcto?”.

Esa última pregunta tenía respuesta; él la sabía, solo que no era el momento correcto para hacerla.

Pasaron los días y meses, y el hombre iba seguido a visitar al niño; a veces lo encontraba, a veces no. Siempre le dejaba comida, para que se mantuviese alimentado. Pero estas visitas empezaron a ser cada vez más espaciadas. Como alguien que visita a un preso. Al inicio es seguido, pero luego se va distanciando, y esa relación va muriendo. Cuando el preso sale, si se vuelven a encontrar, parece un reencuentro de dos extraños.

El niño se acostumbra a su nuevo hogar. Lejos del pasillo inicial descubre que hay un laberinto, con cientos de puertas, parques, un lago, pero casi sin seres vivos. Solo algunas ratas y cucarachas, de las cuales imagina que es amigo, y les comparte la comida, y a veces se las come cuando pasa demasiado tiempo sin que el hombre lo visite y le deje comida. La soledad es un monstruo que se alimenta en silencio, y él casi que ya había olvidado cómo hablar.

Con el tiempo empezó a estar más flaco, se deterioró, pero se volvió también independiente; sobrevivió casi solo en ese lugar donde nadie iba.

Un día el niño despertó y sintió la reja abrirse. Él estaba un poco lejos de la entrada, pero salió corriendo pensando que era el hombre que al fin lo dejaría salir. Cuando llegó, se dio cuenta de que era una chica. Estaba completamente asustada. Un poco más grande que el niño. También la habían dejado como a él. Su nombre era Clara. Al igual que a él, una mujer la había dejado en aquel lugar, sin razón aparente. Tenía el cabello castaño sucio, la ropa raída y los ojos claros abiertos como ventanas en una casa vacía.

—¿Quién sos?

—Nadie —dijo él—. Estoy acá desde hace tiempo.

—¿Dónde estamos?

—No lo sé. Pero no hay salida.

Clara también había sido traída por alguien que ya no volvería. Una mujer dijo: “Necesitás crecer”, antes de empujarla detrás de la reja.

—¿Creés que alguien va a venir por nosotros? — preguntó Clara una noche.

—No —dijo el chico—. Pero si no lo creemos, se nos muere todo.

Se hicieron amigos, recorrieron el lugar juntos. Eran una gran compañía en esa soledad que los atormentaba día a día.

Un día, llegaron a un lugar en el que nunca habían estado. Clara llama al niño, con voz aterrada. Cuando él llega, ella le señala lo que encontró en una habitación. Incontables cadáveres de chicos, adolescentes y algunos adultos apilados.

Ambos asombrados, y asustados al mismo tiempo, se dieron cuenta en ese entonces de que nadie los iba a sacar de aquel lugar.

Desde entonces, algo cambió. Clara hablaba menos. Dormía más. Comía menos. Hasta que un día, la encontró acostada, con los ojos abiertos pero ausentes.

—Algo no está bien... Ya no puedo seguir, perdón.

A lo que el chico solo respondería:

—Está bien, yo también estoy cansado, no sé por qué sigo adelante.

Clara moriría en sus brazos, más de tristeza que de salud. El abandono fue demasiado para ella. Y el chico perdería así a la segunda persona que le importó.

Así pasó un año, luego dos, hasta llegar a los casi quince años precisamente. El hombre continuó con su vida. Con nuevos amigos, que frecuentaba seguido. Se

estableció en un buen trabajo en finanzas, donde pudo progresar y tener muy buena estabilidad económica y conseguir distintas metas de “vida”.

Cambió cómo se vestía. Se afeitaba todos los días. Compró un departamento en Belgrano. Tenía amigos nuevos, de esos que te preguntan por celular si vas a salir el viernes, pero no saben cuánto pesa el mundo que llevas en la espalda. Ese mundo que todos cargamos pero escondemos, y que solo una o dos personas en la vida son capaces de medir y ayudar a llevarlo.

Si bien estaba más viejo, ya con barba, se mantenía bastante joven para su edad. Todo parecía ir genial.

Él iba al gimnasio. Leía libros de autoayuda. Tomaba las últimas cervezas importadas. Había logrado todo lo que debía. Pero a veces, al mirar por la ventana, algo en el pecho se apretaba. Como una cuerda invisible.

Una noche, al entrar a su casa, sintió un vacío que le hizo doblarse. Se tomó el pecho. No era un infarto. Era algo más cruel. Una ruptura interior.

Cuando se le pasó, levantó la cabeza hacia el cielo. Comenzó a lloviznar como aquella vez, y pensó:

—Estoy muerto...

Y así sin más, comenzó a caminar, sin rumbo aparente. Caminó por más de 8 horas hasta que oscureció. La llovizna empapó toda su ropa, pero eso no lo detuvo en su andar.

Luego de caminar aparentemente sin rumbo, al fin se detuvo. Delante de él estaba la reja, como aquella vez años atrás. La reja seguía allí. Oxidada. Intacta. Solo que ahora él se sentía encerrado, por más que estuviese del otro lado. Sostuvo la reja unos instantes con ambas manos, y apoyó su cabeza en los barrotes, buscando al niño, que a esta altura ya debería ser mayor.

—Debe estar muerto —pensó luego de unos instantes. Y algo de razón tenía; sin comida, luego de tantos años, nadie sobreviviría, a menos que fuese rescatado. Buscó las llaves de la reja entre sus llaves, y aún la tenía. Introdujo la llave en la cerradura, pero temía abrir la reja, por miedo de encontrarse con el cadáver de aquel niño. Quitó la llave, arrepintiéndose de ir hasta ese lugar, pero la luz de la luna se hizo más intensa, dejó de llover, y pudo vislumbrar al final del pasillo, detrás de la reja, la figura de una persona.

Se apresuró a abrir y fue corriendo al encuentro del chico. Cuando se acercó, se dio cuenta de que ya era casi un hombre, pero estaba completamente deteriorado, sucio, con algo de barba y demasiado débil. Se agachó para verlo mejor, tocó su cara y la levantó un poco para mirarlo y le dijo.

¡Gracias a Dios que estás bien!

—¿Lo estoy? Respondió el chico.

—Bueno, que estás vivo.

—¿Realmente crees que estoy vivo? —replicó el joven.

—Sí, pensé que te había perdido para siempre.

—Solo quiero hacerte una pregunta. ¿Por qué me encerraste aquí?

—¡Por qué no me ayudabas! Todos creían que me avergonzabas, me anclabas a no progresar, y yo necesitaba encajar, que mi familia, la gente, me aceptara.

—Ojalá haya valido la pena...

—Bueno, por eso volví. Hoy me di cuenta de que ya no podía más, y solo quería morirme. Que te olvide acá, en este lugar horrendo, y yo conseguí muchas cosas, pero en realidad, no conseguí nada.

—¿Cómo que nada? Te ves bastante bien —dijo el chico.

—¿Te acuerdas cuando dibujábamos? Nos encantaba, pasábamos horas y éramos realmente buenos.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Papá dijo que no íbamos a comer del dibujo, entonces me frustré y lo dejé. Y me dijo que estudie algo que sirviera para hacer plata.

—¿Te acuerdas cuando te dejaste el pelo largo y querías ser músico para gustarle a Agus? —le recordó el chico.

—Sí, y al final me encantó tocar la guitarra.

—¿Y por qué dejaste?

—Un día llegué temprano a casa del trabajo, y estaba arreglando unas cosas en la oficina. Mi novia llegó con una amiga y no se dio cuenta de que yo estaba ahí. Su amiga vio la guitarra y le preguntó si yo estaba tocando en alguna banda. A lo que ella respondió: “Sí, pero la verdad es muy malo. No me gusta la música que hace, pero me la tengo que aguantar”. Eso me desmotivó muchísimo; yo le había compuesto muchas canciones, y enterarme de eso me rompió el corazón, y dejé de tocar.

Y así siguió la conversación, mostrando todo lo que el hombre había dejado por los demás. A lo que el joven le responde.

—¿Te das cuenta de que dejaste de ser todo lo que eras por lo que te decían los demás? Dime, por favor, que todas esas personas siguen a tu lado, ya que cambiaste lo que te hacía feliz por ellas...

El hombre toma la mano del joven y lo mira con los ojos entre lágrimas, y lo abraza y responde:

—No hay nadie. Todos los que me aconsejaron cambiar para “bien” ya no están. Hice todo lo que esperaban de mí, y me dejaron de a poco.

—O sea que me dejaste solo para complacer a los demás, y ser infeliz —replicó el joven.

—Sí, pero ahora estamos juntos, podemos volver a como era antes, solo nosotros, dibujar, tocar la guitarra...

—No podemos, mira mi estado. En todos estos años me dejaste morir de a poco, y yo también cambié. Ya no recuerdo cómo dibujar. No distingo acordes; si seguí adelante, fue simplemente con la esperanza de que algún día volvieses, pero pasó demasiado tiempo. — Solo me mantuve vivo para que, si volvías, pudieras darte cuenta de lo que hiciste e hicieras algo por vos — dijo el joven, casi susurrándole al oído.

El hombre lo apretó muy fuerte y se largó a llorar desconsoladamente, mientras presenciaba la muerte de su compañero, que lentamente dejaba de respirar; sus latidos se desvanecían entre los últimos suspiros.

Ese fue el golpe final; el hombre estaba decidido a morir ahí mismo, ya no le quedaba nada por qué seguir, tenía todo y no tenía nada. Se estaba por acostar a dormir, a esperar que llegase también su hora, cuando siente el ruido de llaves abriendo la oxidada reja. Inmediatamente se incorpora y se dirige rápidamente a la entrada.

Un hombre estaba empujando a un niño hacia adentro, y antes de que cierre con llave, logra abrir la reja, toma al niño de la mano y les dice a ambos:

—Por favor, no lo hagas, dejarlo en este lugar es que se mueran ambos...

Desde aquel día, el hombre no volvió a ser feliz, ni a poder hacer nada de lo que le gustaba, porque había perdido toda magia. Pero cuentan que vive en la entrada

de aquel lugar, custodiando la reja cada vez que puede, y advirtiendo a quienes van a ese sitio con niños...

Contacto: <https://www.instagram.com/lucasvitale1980/>